





# PALINGENESIA

Joaquín Serrano Díaz

Esta es una historia de ficción. Cualquier similitud con la realidad, ya sea a través de sus personajes, nombres o situaciones, es mera coincidencia.

© Joaquín Serrano Díaz 2015

© Portada Joaquín Serrano Díaz

© Maquetación Joaquín Serrano Díaz

Reservados todos los derechos. Sobre esta obra No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, incluido el diseño de su cubierta ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Arts.270 y siguientes del Código penal).

«Yo no reflejo ni cambio la realidad,  
solo lleno el vacío que deja»

Joaquín Serrano Díaz



A Isabel





## INTRODUCCIÓN

*A orillas de la realidad,  
en los límites de la razón,  
hay universos encantados,  
nómadas; descolgados del  
tiempo.*

**Mi nombre, podría ser: Yo, alguien o cualquiera.**

Y yo, como ese alguien o cualquiera, me encontraba envuelto en una de esas situaciones críticas en las que todos nos vemos envueltos en algún momento de nuestra existencia; una de esas situaciones en las que todo parece contradictorio; una de esas situaciones en las que todo, pesa y aplasta, y en las que, de manera indefectible vamos a la deriva, arrastrados por una marea de acontecimientos que no sabemos o no podemos controlar. Situaciones confusas que nos hacen dudar incluso de nosotros mismos, y perder el contacto con la realidad, alejándonos de la verdadera esencia de las cosas y llegando a provocar en nosotros una verdadera confusión existencial. que nos desborda sin que seamos conscientes de lo que está ocurriendo hasta que nos

ahoga, abriendo profundas grietas en nuestra percepción de la realidad... y sumiéndonos en la noche.

## FASE I

*Navegando la noche oscura;  
Buscando la mañana clara.*

Sin comprender por qué ni de qué manera; así ocurren a menudo estas cosas, me encontré a solas conmigo mismo en un enigmático y aislado lugar; un exótico paraje, tan arrinconado en la nada como podía estarlo yo mismo en aquél momento; al menos esa fue la impresión que tuve, y tan sombrío como la propia soledad que me envolvía, y de la que dadas las circunstancias, comenzaba a ser consciente.

Me sorprendí a mí mismo recostado junto a la orilla de un pequeño arroyo; un armonioso torrente de cristalinas aguas, escondido entre la densa vegetación, del cual no tuve noción hasta aquél mismo instante. Una extraña sensación me recorrió desde la nuca hasta los dedos de los pies Respiré hondo y me puse en pie sin apartar la mirada del agua El monótono gorgoteo de la corriente contribuyó a estimular

mis sentidos, avivando mis recuerdos y retornándome a la triste y desoladora realidad de la que trataba sin éxito de escapar; una realidad tan gris como el cielo tormentoso de aquella tarde, que comenzaba a cubrirlo todo.

La placentera pero a la vez inquietante tranquilidad que suscitaba en mí aquél recóndito lugar perdido en ninguna parte, representaba en sí misma una contradicción. El trino de los pájaros, el monótono runrún del arroyo, y la suave brisa acariciando mi demacrado rostro, despertaron en mí una serenidad, si no desconocida, sí olvidada.

Cerré los ojos, apreté los párpados con fuerza, y dejé volar la poca fantasía que aún me quedaba; a pesar de aquella desafortunada situación en la que estaba inmerso, me encontraba extraña e incomprensiblemente eufórico en medio de aquél recóndito lugar apartado de todo y de todos. En ese momento, de forma tan inexplicable; como todo lo que aquél día iba aconteciendo, comenzó a envolverme una dulce y placentera sensación de paz que fue apoderándose de mí hasta el delirio, despertando momentos olvidados; momentos perdidos en la memoria de un tiempo del cual no creía tener ya constancia.

Tuve la sensación de ver y sentir como no recordaba haberlo hecho nunca.

Inspiré y expiré varias veces, cargando mis pulmones de una misteriosa energía; un combustible universal que estaba por todas partes pero del que no fui consciente hasta aquél momento; una fuerza intangible y sin nombre, tan insondable como reconfortante; una fuerza que me cargaba de vida. Era como volver a ser

Una indescifrable y hasta entonces jamás experimentada sensación de armonía y conexión con el entorno, comenzó a irrumpir en mí de forma suave y pausada. Busqué

cobijo a la sombra de un frondoso sauce que se encontraba al borde del agua, y poco a poco, dejándome llevar por el persistente murmullo de la corriente, mis parpados se cerraron, y fui desapareciendo dentro de mí.



## FASE II

Las finas e incesantes gotas de lluvia que caían sobre mi cabeza, fueron una tras otra, sacándome de mi ensueño. El cielo, ya gris negruzco, anunciaba tormenta.

El estridente rugido del primer trueno hizo remover la tierra y abrió de par en par las fuentes del cielo. Me puse en pie de forma apresurada y comencé a correr en dirección a la frondosa y cada vez más oscura arboleda, buscando a la desesperada un lugar donde guarecerme.

Detuve mi carrera y escudriñé como pude el escabroso y cada vez más encharcado terreno en el que me internaba. A través de la tupida cortina de agua, pude entrever cómo se desdibujaba de forma gradual aquél reducido contorno que apenas alcanzaba a distinguir; la lluvia, a cada segundo

más intensa, lo inundaba todo gota a gota hasta ahogarlo a la vista.

Entonces, como un improvisado regalo de ese destino que se había empeñado en darme la espalda, apareció. Se encontraba medio oculta entre altos árboles, arbustos y maleza; también descuidada y sucia. La madera que le daba forma parecía de buena calidad y bien trabajada. Su estrecha puerta, también de madera, se encontraba entreabierta y parecía invitarme a entrar. Pensé que estaría deshabitada, si no abandonada.

Ya en su despejado interior, eché un vistazo rápido; no había demasiado que ver allí. Una descuidada chimenea de piedra destacaba en una de sus esquinas, contrastando con el resto de la habitación, completamente vacía y llena de polvo. Junto a ella, apilado de forma meticulosa, un gran montón de leña parecía invitar a un buen fuego. Sería sin duda uno de esos refugios de cazadores, únicamente utilizado cuando se abría la veda. —pensé—. Eché otro vistazo, esta vez al exterior, a través de un pequeño ventanuco que hacía también de respiradero y moví la cabeza de lado a lado con pesar. El cielo parecía querer desplomarse aquél día y sobre aquél bosque. Decidí permanecer allí. Al menos, hasta la primera luz.

Minutos más tarde, como surgido de la intensa lluvia, apareció. Ni siquiera le oí llegar; su entrada fue tan súbita y apresurada, que pareció no haberse percatado de mi presencia. Como activado por un resorte, comenzó a desvestirse a toda prisa. De una gran mochila, sacó ropa seca que sustituyó sin pérdida de tiempo por la que se acababa de quitar, y ya con su nuevo atuendo, hizo un movimiento simultáneo con ambos omoplatos para ajustarlas a su anatomía.



Al parecer lo consiguió, pues un gesto de satisfacción se dibujó en su semblante a la vez que me lanzaba una mirada en la que no advertí la menor sorpresa por mi presencia.

Al contrario. Se dirigió a mí con familiaridad; como si me conociese desde siempre:

—Buenas tardes —dijo a la vez que se frotaba el cabello para retirar la humedad.

—Buenas... —Respondí intrigado por lo chocante de aquella extraña situación en la que ambos nos encontrábamos. Era tan insólita, que no acababa de creérmela.

..... Un segundo después, pareció descubrir la chimenea. Reaccionó con un gesto de sorpresa, y de forma mecánica, como si lo uno condujese forzosamente a lo otro, introdujo su mano en uno de los bolsillos de la mochila. Intentando simular un truco de magia, puso cara de suspense y la sacó sujetando con dos dedos una caja de cerillas. Me observó sonriendo de forma pícaro durante unos segundos, y, tras arquear cómicamente una ceja, con el propósito de hacer más interesante su actuación, se la acercó al oído agitándola para hacer sonar los fósforos en su interior.

—¡Verás...! —Me dirigí a él mientras se afanaba en colocar un montón de leños en la chimenea—: Me alegro de que te sientas a gusto y actúes como en tu propia casa, pero debo advertirte que yo no soy el propietario de esta choza... —Miré su mochila—. Y no creo equivocarme al deducir que tú tampoco. En fin, solo quería que lo supieras. Me sorprendió la tormenta cerca de aquí, y...

Ni siquiera se dignó a mirarme. Daba la sensación de que le importaba un comino lo que acababa de decirle.

—¡Bueno! —exclamó para sí mismo, mientras usaba uno de los leños como atizador—. ¡Este fuego promete!

Diez o quince minutos más tarde, la hoguera estaba ya consolidada y comenzaba a caldear el ambiente de la pequeña estancia. Se estaba bien allí con la acogedora luz del fuego como única iluminación. Ambos nos encontrábamos sobre el piso de madera; él, recostado, apoyaba la cabeza sobre su mochila; yo, mi espalda contra la pared.

Tras unos incómodos minutos de silencio durante los cuales parecimos dos idiotas, me decidí:

—¿Eres senderista, peregrino, o algo similar?... Pareces bien equipado. —Lo dije señalando su enorme mochila.

Él se mantuvo en silencio. Daba la sensación de estar perdido en algún lugar del techo, y por supuesto, no me prestaba la más mínima atención.

Al no recibir respuesta, insistí:

—¡Parece que tienes experiencia!

Me miró sorprendido por el rabllo del ojo e hizo un leve y casi imperceptible movimiento de cabeza, respondiendo a la vez que se incorporaba y quedaba sentado junto a su petate:

—¡No lo creas!... En verdad, ando bastante despistado. Tuve suerte al encontrar esta chabola... de no haber sido así, lo hubiese pasado francamente mal, créeme.

Hizo una breve pausa que aprovechó para tumbarse de nuevo y prosiguió, pero sin mirarme. Le habló al techo. Como si yo me encontrase allí:

—¿Y tú...? Parece ser que te ha cogido por sorpresa...

—¿Se me nota? —exclamé con sorna.

—No te ofendas, hombre. Si te digo esto... —Me lanzó una rápida mirada recorriéndome de arriba abajo, volvió al techo y aclaró—, es porque tu atuendo no es precisamente el más idóneo para deambular por estos lares... Y así, sin aprovisionamiento y con una mano delante y otra detrás...

Carraspeé un par de veces con la intención de que se volviese hacia mí, y hubo suerte. La aproveché para mirarle a los ojos, haciéndole notar que su observación no me había hecho ni pizca de gracia, pero no dio resultado; ni siquiera se inmutó. Tras una pequeña pausa, y a modo de venganza, intenté sorprenderle a mi vez:

—¿Y tú, compañero, cuando no andas mojándote por estos inhóspitos parajes... qué haces? ¿A qué te dedicas?

—¡A vivir! —exclamó.

Cuando conseguí cerrar la boca, inquirí:

—¿A vivir?... Bueno sí —repliqué—, pero esa respuesta es muy ambigua; demasiado. Quizá la más confusa que he oído a lo largo de mi vida. ¿No lo crees tú también? ¿Algo más harás, no? —tanteé, curioso, antes de que se decidiera a abrir la boca, por completo convencido de que cuando lo hiciera me saldría con otra insensatez tan extravagante o más que la que acababa de soltarme.

Me miró, sonrió, y como yo esperaba, me lanzó otro dardo envenenado.

—Verás —dijo como quién dice que se llama Juan—, soy algo así como un alquimista.

Lo dijo con una tranquilidad casi insultante, pero con la misma convicción que si hubiese dicho: panadero o taxista... Le miré con cara de idiota, y creo que lo notó.

...—¡Escucha! —Exclamé visiblemente confundido. Lo hice mostrándole las palmas de mis manos y en claro tono de disculpa—... Reconozco que el fallo ha sido mío. No tengo ningún derecho a entrometerme en tu vida. He sido impertinente, y por lo tanto merecía una respuesta igual de insolente... Perdona mi curiosidad te lo suplico.

Me miró con gesto divertido, y haciendo caso omiso de mi disculpa, exclamó jovial:

—¿No negarás que he transmutado todo este montón de leña en un buen fuego... no?

Puse cara de desconcierto, por no decir de estúpido. Mientras tanto, él, jovial, sonreía como un niño orgulloso de su ocurrencia; como si aquella respuesta hubiera sido una genialidad.

Tras unas sonoras, pero breves carcajadas, se recostó de nuevo, apoyando la cabeza sobre su mochila, y la estancia quedó otra vez en el más absoluto silencio.

Al contrario de mí, él no hizo ninguna pregunta. Ni siquiera mostró el más mínimo interés por saber acerca de de mi vida. De tanto en tanto, se incorporaba de forma repentina, y todo su afán se limitaba a mantener vivas las llamas de la hoguera, azuzando las brasas con uno de los leños allí apilados.

El silencio fue haciéndose a cada segundo más espeso, y el cansancio terminó apoderándose de mí. Al agradable calor de las llamas, comencé a sentir un dulce picor en los ojos, y despacio, sin ofrecer resistencia ni apenas darme cuenta, fui abandonándome en los brazos de la noche.

Con los ojos ya cerrados, un suave y agradable sopor comenzó a envolverme de forma paulatina; aun así, pude recordar los motivos que me habían llevado hasta allí:

Ese oscuro vacío en el que había ido cayendo mi vida... Esa inseguridad palpable que durante los últimos tiempos se había apoderado por completo de mí... Ese pozo abismal en el cual me hallaba inmerso y del cual no hallaba la salida... Esa existencia grisácea que se había vuelto insoportable y angustiada contra mí mismo, sin saber por qué, y esa total falta de respuestas hacia las cosas que de verdad importan... Esa ausencia de motivación para llevar a cabo algo tan

sencillo como seguir existiendo, que me oprimía cada día más y con más fuerza...

Entonces, en mitad de las dos penumbras: la de aquella habitación y la de mi mente, se puso en pie, se aproximó despacio y me tendió la mano.

—¡Ven, levanta!... ¡Acompáñame!

Sin saber muy bien por qué razón, asentí con un leve movimiento de cabeza y me incorporé en silencio.

—Vamos, vamos —insistió—. Sígueme.

Como hipnotizado, así lo hice.

Momentos después, tomando nuevamente consciencia de mí mismo, abrí los ojos, y pude observar atónito que nos encontrábamos en la cima de una montaña. El panorama que desde allí se avistaba era ¡Bellísimo!

De forma inexplicable, y a pesar de la densa oscuridad que nos envolvía, pude apreciar sin ningún problema la hermosura de aquella tierra majestuosa y salvaje que tenía ante mí.

¡Surrealista! —me dije a mí mismo, deslumbrado por el magnífico panorama que avistaban mis ojos.

Al fondo, la anaranjada luz crepuscular impregnaba de misticismo el extenso valle, con su enigmático resplandor; un fulgor amarillo azafranado de aspecto fantasmal que cubría toda la tierra que mis ojos podían abarcar.

Extendió su brazo al frente, y sin mirarme, preguntó:

—¿Qué ves?

—Veo —respondí sin apartar la vista del horizonte—, una tierra tan misteriosa como bella. Sin duda alguna, la más hermosa que he tenido la oportunidad de contemplar hasta hoy... El crepúsculo iluminando el cielo... Veo...

—Me cortó.

—¿Estás seguro? Piénsalo bien...

Entendí que su interrupción era un reto; un desafío para ponerme a prueba. Lo que no entendía, era por qué.

—¡El crepúsculo! —repetí con seguridad, sorprendido por la insistente pregunta.

Se volvió hacia mí, cubrió mis ojos con la palma de su mano, y tras mantenerla así por espacio de unos segundos, la apartó y preguntó de nuevo:

—¿Qué ves?

Entrecerré los ojos para enfocar el paisaje con mayor claridad.

—¡El crepúsculo! —repetí por tercera vez, aunque ya intrigado.

—¿Y no podría ser la Aurora? —preguntó de nuevo, en tono desafiante.

—¡Es el crepúsculo! —Me reafirmé convencido y sin perder de vista el horizonte—... ¡Es el crepúsculo!

—¿Seguro?

—¡Seguro! —insistí—... Es la sensación que tengo, al menos...

Entonces, volvió de nuevo su cabeza hacia la lejanía y extendió su brazo hacia el infinito.

—Escucha bien lo que voy a decirte.

Sin apartar su mirada de ese anaranjado salvaje que deleitaba la vista como un efímero y valioso regalo, dijo, casi suspirando; como si hablase consigo mismo:

—Raras veces interpretamos las cosas como las vemos... Las interpretamos como las sabemos, como las sentimos... ¡como somos!

Y de nuevo volvió al silencio sin perder de vista el extenso y misterioso valle que se ofrecía ante nosotros; al

menos durante el tiempo exacto que necesité para asimilar lo que acababa de oír.

A continuación se volvió de nuevo hacia mí, y como si se dirigiera a un niño, prosiguió:

—Solo has visto *luz*... La luz del Crepúsculo es la luz de la Aurora, vista desde el ángulo contrario. Son dos luces y una sola.

Hizo otra breve pausa y continuó:

—Cuando desde aquí contemplamos el amanecer, en el otro hemisferio de la tierra, anochece... La misma luz que anuncia tu noche, anuncia el Alba en el otro extremo del mundo.

Asentí perplejo. ¿Cómo no se me había ocurrido a mí, algo tan lógico y sencillo? Me disponía a propinarme un capón, por idiota, cuando de nuevo escuché su voz:

—¡Todo! Absolutamente todo, tiene dos polos.

Le miré a los ojos, como hipnotizado. Mientras hablaba, la luz anaranjada que inundaba el cielo, se reflejaba en sus pupilas, bosquejando en su mirada una delicada pincelada de misterio.

Tras unos segundos, perdido en sus ojos, su voz grave, me trajo de nuevo a la conversación.

...—Dos formas contrarias, pero iguales —repitió, sin apartar la vista del cielo—... Aunque parezcan distintas y contradictorias, en el fondo son idénticas; sus diferencias son solo aparentes ¡simple y llanamente, aparentes! Todo Absolutamente todo lo que la mente sea capaz de concebir, es creado por la imaginación. Cuanto se halla en nuestro interior; cuanto nos rodea; cuanto somos y cuanto sentimos, depende en uno u otro sentido y en mayor o menor grado, de nuestras experiencias, así como del estado de ánimo que tengamos en ese instante. Todo está, nace y muere, en

nuestra imaginación. Y todo lo que se puede imaginar, al depender de nuestro estado de ánimo y mental, se puede también moldear o cambiar.

Yo, aún perplejo, pensé:

—¿Me pregunto... desde qué lugar podría yo captar dos versiones de una misma cosa; de un mismo momento? Eso sí que sería imaginación...

Como si me hubiese leído el pensamiento, se situó frente a mí, apoyó sus manos sobre mis hombros y miró fijamente mis ojos mientras decía:

—Desde aquí mismo; desde donde ahora te encuentras. El lugar perfecto en el otro lado de todas las cosas.

Sostuve su mirada, y en un acto reflejo, tomé su mano...

—¿Quién eres tú? —espeté, apretándola con fuerza—... ¿Quién coño eres?

—Tal vez nunca lo sepas — dijo, alejándose de mí.

—Tengo derecho a saberlo, ¿no?

—Si quieres conocerme, comienza por conocerte a ti mismo...

—¿Qué quieres decir? No entiendo.

—Ya sabes —dijo sin volverse—, crepúsculo o aurora

—No supe qué contestar a eso y permanecí en silencio. Al menos sirvió para que se diera la vuelta.

—Posiblemente soy ese final que aún no entiendes, y el principio que te espera

—¡Vamos!... Sé más explícito, por favor. Después de todo esto... —uní las palmas de mis manos a modo de súplica—, creo que tengo derecho a saberlo.

Me miró con cara de complicidad, y sin responder a mi pregunta, dijo:

—Las cosas no tienen principio ni fin, ¿sabes? Las cosas no mueren ni nacen. Las cosas, son. Todo final trae consigo



un nuevo comienzo, y todo comienzo nace de un final. No puede ser de otra manera.

—Entonces...—La pregunta brotó de mi de forma espontánea; sin ser yo consciente de ello—:¿Dónde estamos cuando no estamos?

—Atrévete a pensar.

—Eso ni siquiera contesta a mi primera pregunta —le increpé—... Todavía no sé quién eres.

Sin responder, comenzó a recular. Tras alejarse unos metros, se desentendió dándome la espalda y se, encaró de nuevo a la lejanía. Mientras se alejaba, escuché por última vez su voz:

—Digamos que respiramos el mismo aire...

En ese instante, perdí contacto con él.



## FASE III

*... «A orillas de la razón,  
en los límites de la realidad...  
¡Estamos!»*

ECO DE SUEÑOS; ECOS DEREALIDAD  
Joaquín Serrano Díaz

Mis ojos fueron abriéndose muy despacio. Estiré mis brazos con fuerza, y durante unos segundos no supe dónde me encontraba.

Observé con atención a mí alrededor, recorriendo con la mirada el entorno. El arroyo seguía gorgoteando y el trino de los pájaros dotaba de ritmo y alegría al agrisado y entristecido paisaje... Había tenido un sueño reparador, sin duda. En cualquier caso me encontraba mucho mejor; como nuevo.

Oscurecía ya. Al fondo, la lejana luz crepuscular desaparecía de forma gradual entre gruesos y oscuros nubarrones, pero aún traspasaba gran parte del cielo con sus tintes mágicos.

En ese momento, recordé al extraño. ¡Había sido tan real, que...!

—¡Bah!...

Lo aparté de mi mente y continué caminando a la deriva y disfrutando del magnético paisaje que me rodeaba. Comenzaba a llover, pero no me importaba. Bordeando el riachuelo, fui adentrándome en el bosque, y allí, entre la maleza, descubrí una cabaña.

—¿Estoy soñando? —me pregunté.

—¡Estás despierto! —me respondí.

Busqué la salida de aquella frondosa arboleda, y ya en el claro, sin dejar de caminar, volví la vista atrás y contemplé a modo de despedida aquél extraño bosque que no olvidaría jamás. Los pájaros continuaban con su melodioso canto y el río seguía corriendo; pero no eran ya los mismos trinos ni los mismos pájaros, ni tampoco eran ya las mismas aguas, aquellas que corrían río abajo...

Continué caminando sin pausa mientras recibía sobre mi cara las finas y cada vez más prolíficas gotas de lluvia empujadas por la suave brisa.

Cerré los ojos para sentir mejor su húmeda caricia.

Ni siquiera este aire que sopla, forma parte del mismo viento —me dije a mí mismo en voz alta mientras escudriñaba por última vez el horizonte, buscando el último resquicio de aquel misterioso e imponente ocaso que se desvanecía poco a poco entre las nubes.

—Todo ha cambiado —susurré, arrancándole mis ojos a su atrayente luz ... ¡Hasta nosotros!

Seguí mi camino. Avanzaba pletórico; lleno de energía, mientras la lluvia caía cada vez con más intensidad.

Despacio, fui abandonando el bosque. Poco a poco, el frío invierno se transformaba ya en primavera.

«Yo, no reflejo ni cambio la realidad;  
sólo lleno el vacío que deja»

Soy el alquimista de tus sueños;  
poeta de la noche misma;  
alquimista de la luz y de la Aurora;  
de tu noche y de tu día.  
Soy el alquimista del sol naciente  
y de tu luna dormida...  
Soy... la vida



## EPÍLOGO

Desde una gota, vi llover.  
Desde una lágrima, vi llorar...  
Vi la tierra desde su núcleo;  
amanecer desde el crepúsculo;  
la noche, desde la Aurora...  
¡Contemplé la luz siendo un fotón!  
¡Sí!  
Despierto...Yo...  
¡¿Soñaba?!

*«Si quieres comprender la belleza del día, vuélvete hacia la noche»*

¿Crepúsculo o Aurora?  
¡Atrévete a pensar!  
¡Atrévete a soñar

**PALINGENESIA**, es un pequeño relato surgido de un sueño que habla de un sueño.

Los pilares que sostienen esta narración onírica fueron trasladados a papel inmediatamente (después del sueño), con el propósito de conservar su frescura original.

Esta es una edición revisada que rescata fragmentos de texto que se quedaron en los borradores durante su primera publicación, como cierre del libro poemario

**REFLEXIONES POÉTICAS** Joaquín Serrano Díaz 2014.

Todas las citas que aparecen en este relato, así como sus poemas, fueron publicados por **Joaquín Serrano Díaz** en el libro antes mencionado.

**PALINGENESIA** *es un sueño sin principio. Un sueño sin fin. Un sueño sin tiempo.*



**Joaquín Serrano Díaz**, Madrid 1958, se define a sí mismo como pintor autodidacta fascinado por la poesía. Ha publicado hasta el momento tres libros:

**REFLEXIONES POÉTICAS** 2014 libro poemario.

**Peregrinos del FIN del mundo** 2015 novela de ficción revisada y extendida en 2017.

**PALINGENESIA** 2013 minirrelato.

Sus dos nuevos proyectos literarios todavía inconclusos: **UNIVERSOS INFRONTAS**, «también **poemario**» y la novela de ficción **INSONDABLE** estarán por fin a la venta en amazon durante el transcurso de 2017/18.

[j.serrano47@gmail.com](mailto:j.serrano47@gmail.com)

